

El trimestre musical en Figueras

Muchas limitaciones, la primera de las cuales es la económica, restringen la selección de los artistas que pueden desfilar por la ciudad para satisfacción de los figuerenses amantes de la música, desgraciadamente en número menor de lo que fuera de desear, pero ya alentador en una población de censo semejante. Además de un concierto de fin de curso de la academia de doña Camila Lloret de Gironell y un recital de danza, también a cargo de los alumnos de doña Carmen Tremols, ambas manifestaciones interesantes en el panorama musical de la capital ampurdanesa, recordamos con gusto un concierto en el Casino Menestral a cargo del Quinteto de viento de Barcelona. El programa escogido procuró apartarse de caminos trillados y en él figuraban unos autores que justificaron el esfuerzo de tan notables ejecutantes, profesores todos del Liceo; en la parte central, Rosa Balcells, de las mejores arpistas de nuestro país, deleitó a la demasiado escasa concurrencia con obras de límpida ejecución y colorido bien dosificado.

Señalamos la buena voluntad, noble deseo y seductor resultado conseguido por un grupo de señoritas que organizaron un coro de voces blancas, que se denomina «Santa Cecilia», bajo la dirección de Rosa M.^a Gratacós (que honra su ascendencia musical). Esta coral se ha hecho oír con fines benéficos ya dos veces en corto intervalo, y sus bien timbradas voces y voluntaria exactitud (evidentemente en vías de perfectibilidad, como todo comienzo admite) causaron en el público figuerense excelente efecto.

La Asociación de Música pudo ofrecer la actuación de un solista ampurdanés: Gonzalo Comellas, nacido en 1945 en Aviñonet de Puig Ventós: premiado ya a los doce años por «Juventudes musicales», con el corto historial de un muchacho de quince años que está perfeccionando sus estudios: dió un concierto con orquesta dirigida por su profesor, Juan Massiá. Acreditó su prodigiosa memoria musical, su aplomo en los pasajes difíciles, y sus prometedoras dotes y excelente temperamento, que permiten augurarle una espléndida carrera, en que luzca sus posibilidades y su paciente estudio, como ya lució en Figueras, ejecutando a notable satisfacción del público el concierto en mi mayor de Bach y ante los insistentes aplausos otras dos obras para violín solo, fuera de programa.

También actuó un magnífico trío austríaco, el Trío Ebert, compuesto de tres hermanos que, en su devoción por la música de cámara, han conseguido una tal compenetración y una tan gran perfección individual, escasamente hallada en conjuntos similares, dedicados a esa difícil especialidad, que hicieron las delicias de los oyentes con un programa —alterado a última hora— en que figuraba un trío de Haydn (el en sol mayor) muy bien interpretado, sin llegar a exageraciones nunca, moda peligrosa: que a veces no son plausibles para todos los oyentes; y otro trío de Dvóřak, el llamado Dumky trío, al que dieron una impecable interpretación; el concierto finalizó con un trío de Sostakovich, muy importante para el conocimiento de este autor contemporáneo, buen músico y mejor compositor, obra de su madurez, de gran interés: en sus alternancias de tiempos lentos cargados de sentimiento y modulaciones excelentes, con sus otros más vivos, plenos de colorido, ritmo y sabor popular causan excelente efecto. De ese acervo popular proceden algunos temas de la música eslava: y ha extraído tantas y tan buenas obras de él, desde lieder hasta los de óperas y gran orquesta, que no acertaríamos a explicar por qué —y menos en el corto espacio de esta nota, puramente informativa—, es tan bien comprendida por nuestro público. El hecho existe y nos aventuraríamos a afirmar una cierta corriente de coincidencia con nuestra música también popular; quizá por eso gustó tanto, que los artistas, buenísimos, recibieron una ovación prolongada.

Capítulo aparte merece la actuación de José Falgarona, artista figuerense, residente en París, que tantas veces hemos podido oír por radio y en discos; de temperamento sereno, dueño de calculados efectismos, con un mecanismo envidiable, dió un recital de piano al que acudió numeroso público, deseoso de oír directamente al conciudadano que acredita el nombre de Figueras, especialmente, por los horizontes de Europa. El pianista regresaba de una gira por España y África y en el programa figuraba la sonata Op. 31, n.º 2, de Beethoven, que dijo con su habitual maestría; el «Carnaval», de Schumann, limpiamente ejecutado, y en especial como homenaje a Albéniz, la última parte de trozos de las «suites» de este compositor gerundense. A Albéniz, dicho sea de paso, no le honramos demasiado y quizá estamos más obligados a ello que nadie, porque es de esta provincia y en su ancho corazón llevaba la música española. Músico universal, a él principalmente se debe que la música de España sea conocida y apreciada en el resto del mundo. Merecería que se le recordase en su tierra algo más; y a tapar un poco el huequecito atendió Figueras con Falgarona, que superó las muchas dificultades de que están erizadas las piezas que figuraban en el programa, entre ellas «Córdoba», «Rumores de la Caleta», «El puerto», «Evocación» y, sobre todo, «Navarra», monumento a la jota que tan bien comprendió Albéniz. Intentemos nosotros honrarle, estimando su música y recordándosela a los pianistas españoles sobre todo, capacitados por el ambiente para esa comprensión que deseamos en nuestro público filarmónico.

C. CREUS